nariz y sobre la espalda, sino aprendería la gimnasia, el boxe, esgrima, natación, el manejo del fusil y del revólver, dos ó tres lenguas vivas, de tal modo, que las hablara y las escribiera; la geografía detallada y razonada y los puntos principales de la estadística industrial y comercial. Si fuera laborioso, probo y valiente, haría como algunos jóvenes de Rotterdam, de Hamburgo, de Glasgow, de Ginebra, á quienes he conocido y debí imitar: volvería á los diez años con una fortuna honradamente adquirida, para casarse con una amiga de la infancia; habría visto el mundo, desarrollado su cuerpo en el trabajo corporal, saneado su alma. No tendría *splen* como yo y no sería un pilluelo gastado, un vividor embadurnado como mi sobrino Anatolio Durand, que sólo sirve para colocarle en el escaparete de un peluquero ó en un traje negro de marido resignado y tonto.

CAPITULO XXIII

UNA SEMANA

Cuando á los treinta ó cuarenta años, y después de diez de esterilidad, una mujer de la clase media ó superior, da á luz un hijo, apostad que ha habido alguna tragedia de alcoba. A veces el adulterio es consentido; por lo general, el marido quiere evitarlo; en otras ocasiones ha sido necesario para precaverse contra la locura que parecía inminente. A través de la superficie tranquila de la vida burguesa, el drama interior ha ido minando como un tumor.

La locura no es un imperio distinto y separado; nuestra vida ordinaria confina con él, y todos entramos en sus dominios por alguna parte de nuestro ser. La cuestión no está en huir de la influencia, sino en verse sometido á ella á medias solamente.

Ninguna criatura humana es comprendida por otra criatura humana. Todo lo más, por costumbre, paciencia, interés ó amistad se aceptan ó se toleran.

Dar á una mujer raciocinio, ideas, talento, es poner un puñal en manos de un niño.

Para las madres, los hijos son hombres indefinidos, manejables, sobre los que su imaginación trabaja incesantemente, en suma, *reducciones de lo ideal*. Poreso, á los ojos de una madre, el marido pasa al segundo puesto, resulta un proveedor del hijo, el primer criado.

La autoridad ha sufrido una alteración en el matrimonio. Habiéndose suavizado los caracteres no es ya el hombre bastante fuerte para soportar el disgusto de la mujer; cede por compasión. Como el trabajo ha aumentado, el hombre está demasiado rendido para resistir á la voluntad insinuante de la mujer; cede por cansancio.

Algunas complacencias y atenciones, el buen humor forzoso de la urbanidad, y la cortesía constante de la buena sociedad; nada de efusión, confianza escasa, una semi reserva; muchas consideraciones y un gran número de servicios mutuos, pero en el fondo independencia absoluta; esto era el matrimonio en el siglo XVIII. Figuraos dos *partners* en una mesa de whist; están asociados, se ayudan recíprocamente, son amables entre sí, nada más. En mi opinión, ese es el verdadero matrimonio francés; más suelto ó más ligado, repugna al carácter de la raza. Por esto, como en el

siglo XVIII, cada uno debe tener aparte sus habitaciones, sus criados, en resumen, cien mil libras de renta.

Hay tantos pudores como razas: para la inglesa, es un deber; para la francesa, un bienestar. Oid las medias palabras de las mujeres honradas, no dicen nada y lo insinúan todo: ¿por qué la señora A... tiene pocos hijos?—Porque la señora C... tiene demasiados. Una suegra, con frecuencia también abuela, da lecciones á su yerno. Una mujer de buena sociedad, se informa del talento de las cortesanas. Mi joven amigo Mauricio S..., para anticipar sus triunfos, dejaba entender que tenía mucho dominio sobre sí mismo. Aquí la decencia es un peinador de muselina, bonito, bordado, completo; pero el viento pasa ó alguien pasa. Lo entreabren, lo dejan entreabrirse ó se entreabre él.

Hay tantos amores como razas. Una alemana larga, instruída, virtuosa, flemática, decía un día: «Las almas son hermanas que han caído del cielo, y de repente se reconocen y corren á encontrarse.» Un francés pequeño, seco, sanguíneo, espiritual, ágil, le contestaba: «Tiene usted razón, siempre se encuentra calzado á la medida del pie.»

Son tantas las imaginaciones como las razas; ved la definición del hombre feliz en los proverbios:

El francés, dice: «Ha nacido peinado.»—La compostura, la elegancia, la sociedad y sus atractivos.

El inglés, dice: «Ha nacido con una cuchara de plata en la boca.»—Positivista y voraz, la comilona, la bue-

na digestión, lo confortante, la apariencia respetable y el dinero.

El alemán, dice: «Ha nacido en una envoltura de felicidad.» — Vaga, sentimental, y tocando con lo vulgar y la cocina; el mercader de salchichas idealistas.

La cortesana, propiamente dicha, la linda mujer elegante de los Bufos, es rara en Berlín. Algunas separaciones en los matrimonios, una gran abundancia de muchachas alegres; nada más. Y éstas han de ser obreras; una mujer ó una joven que alquila una habitación, está obligada á probar que tiene un oficio ó alguna fortuna. Un joven que quiere tener en su casa á su manceba, ha de inscribirla como criada.

En Viena existen muchos empleados que apenas cobran para vivir. Hay unos cincuenta en el cuarto piso, en casa del príncipe Esterhazy, ocupados en la oficina de la administración de sus tierras; sus hijos quieren usar sombrero, ir á bailar, á oir la música en los *jardines de recreo*. Tolerancia, bondad, buen humor, sensualidad dulcemente tierna y algo sentimental. Habláis con una vieja, y al día siguiente veis entrar en vuestra habitación á una joven de la clase media, de modesto continente, con un libro de oraciones en la mano; si la tenéis á vuestro lado un mes, os ama.

Hay muy pocas cortesanas en Inglaterra; sin embargo, la clase va arraigando allí. Londres se afrancesa, pero imperceptiblemente. Excepto la horrible exposición de Haymarket de noche, y dos ó tres escándalos lujosos y audaces en Hyde-Park, falta la sociedad de aluvión. Algunos jóvenes tienen amores en un barrio

apartado; si os hacéis su amigo, al cabo de muchas vacilaciones os dicen una noche:

«Venga usted á ver á *my little girl*, es enteramente una lady.» Encontráis una joven decente, hija de un arrendador ó aya, que os recibe con seriedad, os hace los honores del te, y se ruborizaría si oyera una palabra equívoca.

En Italia han subsistido las costumbres de la decadencia. El *vetturino* que servía con su vehículo á un joven arquitecto, le dijo sonriendo maliciosamente: «Usted es joven; yo conozco una familia muy honrada; venga usted conmigo.» El halló al padre, á la madre, uno ó dos niños y una joven á la mesa. Saluda, le saludan; la joven entra con él en una habitación contigua, y el padre vuelve á sentarse con mucha gravedad. Es para reunir una dote, ó ayudar á los gastos de la casa.

En resumen, la *loreta* es una especie francesa que no florece mucho ni se propaga en abundancia más que en París. Nosotros aderezamos el amor como lo demás; por esto los extranjeros ricos vienen con tanto gusto á gastar su dinero aquí. Algunas de esas muchachas se enriquecen, se casan en provincias, hacen papel. Indudablemente, se encuentran luego muchas de ellas barriendo las calles ó en las mesas de dirección. Pero la mayor parte se acogen á algún oficio sospechoso; vendedoras de guantes, dueñas de hoteles, señoras de mostrador, obreras. En Inglaterra, una mujer caída es semejante al lodo de las calles, se anda por encima, después se la barre; aquí se levanta, se suelta, se ase bien, se instala y á veces sube.

Dos señales del tiempo son el desprecio á las mujeres y el gusto por las antigüedades.

En un salón, después de comer, los hombres dejan solas á las mujeres y se van á fumar.—Dos jóvenes en un coche de ferrocarril, encienden sus cigarros para impedir que entren mujeres.—Ya no se dice una señora, sino una mujer.—No se dice una pasión, sino una chifladura.—Un joven, que hace una tontería, acepta tres ó cuatro colaboradores; esto alivia el gasto. Lo que exige á su amante es la charla insulsa, la risa escandalosa, las bromas de color subido, las palabrotas de rabanera. Ella misma cae en un estado inferior á su oficio, se vuelve grosera, gratifica á los mozos de hotel para que le proporcionen parroquianos, no distinguen ya entre un viejo y un adolescente, da por rival al joven más elegante el lampista de un teatro, le gusta las buenas comidas y se crea rentas. El amor toma el tono descarado, positivo, el continente violento y rígido, el sabor picante y crudo que le daría un cabo reenganchado, decidido á comerse de una vez toda su paga, ó un tratante en cueros de Río Janeiro, que viene con la bolsa llena, engolosinado por el relato de los viajantes de comercio.

Loza, esmaltes, grabados, pinturas, esculturas pequeñas, armas, todo se colecciona; ya no es una manía de viejos; jóvenes y mujeres se dedican á ello. Si veo que predomina algún gusto es por las elegancias y las desenvolturas del siglo pasado. Falta el gusto personal; tomamos los de nuestros abuelos; lo mismo en cuanto á las inventivas personales. Esto no es gusto, sino una manera de distinguirse, un medio de emplear el tiempo y el dinero, una necesidad de llenar sus casilleros, de tapar un hueco de su serie.

La mujer y la obra de arte son creaciones parecidas; la misma caída para la una que para la otra; la misma impotencia para adorar y para producir. Nada de sueños á los que la ilusión ó la imaginación puedan dar un cuerpo. Lo que se desea es la posesión y la exhibición.

Un hombre de cuarenta años decía: «He reducido el amor á una función y ésta á un mínimum.» Un joven de veinticinco replicaba: «En lugar de mínimum ponga usted máximum, y tendrá lo que á mí me sucede.» Un hombre de trinta y cinco años terminó con estas palabras: «Máximum ó mínimum, queda una piedra en el corazón y nos asfixia.»

Desde los veinte á los treinta años el hombre, aunque con mucha pena, ahoga su ideal; después vive ó cree vivir tranquilo, pero su tranquilidad es como la de una soltera que fué madre y asesinó á su primer hijo.

Para tener una idea del hombre y de la vida es necesario haber ido por sí mismo hasta los bordes del suicidio ó hasta el dintel de la locura, por lo menos una vez.

Yo soy demasiado viejo y todo ha terminado para mí, no me queda otra tarea que mirar, y á los cincuenta y cinco años es una ocupación decente. He vivido también fuera del mundo como excéntrico, y,

después de todo, además de mi interés positivo y de mi goce sensible, todavía hay dos ó tres cosas que me gustan. Pero á mi sobrino Anatolio Durand, ¿qué le agrada? Una buena comida, un puesto de poco trabajo, su ociosidad y su cigarro. Y á la señorita Tres Estrellas, en quien pensamos para que sea su compañera, ¿qué le gusta?

Bonita pareja y bonita sociedad; en 1880 veremos.

La música es ahora para las mujeres lo que las matemáticas, el latín, etc., para los hombres: un dominio aparte é indefinido. Sin saberla bien, es imposible comprenderlas cuando tocan. Muchas la conocen á fondo, ya en su parte dramática, ya en la puramente mecánica. Embrión de actriz: todas las noches necesita su ración de sensaciones intensas y de aplausos ruidosos.

Quien ha pasado un año lejos del mundo, entregado á una ciencia, la astronomía ó la botánica, se ve cortado al hablar en un salón. Se encuentra en él como un bailarín que, habiendo dejado de hacer sus piruetas cotidianas, hace torpes cabriolas. En efecto, la vida social es una torcedura que se da á toda verdad. Yo miento, cuando os pregunto, y con interés, por vuestra salud ó vuestros asuntos. Vosotros mentís, cuando me dais á entender que tenéis mucho gusto en visitarme ó en verme. Yo doy vueltas y desfiguro las cosas, si quiero que mi relato sea graciosa ó decente. Adorno ó atenúo ó exajero mi opinión para que resulte agradable. Empleo los adjetivos importantes para describir vuestro talento, y los más sencillos para designar el

mío. Indico ó insisto, cargo ó paso de ligero, doy un rodeo ó digo falsedades. La verdad, no puede salir de mis manos sino como una mujer de su tocador, pintada, compuesta, rellena, estrecha por una parte, ensanchada por otra. Al cabo de algún tiempo, ya no reparo en mis embustes ni vosotros en los vuestros, y si nos adivinamos uno á otro nuestro pensamiento íntimo, es á través y á despecho de las frases con que lo engalanamos.

Ahora se lleva á las jóvenes, muy jóvenes aún, á la sociedad.

Se las educa en ella y para ella, en las artes y para las artes, de tal modo, que la mentira les resulta una costumbre y la excitación una necesidad.

Y sin embargo, todo el que ha vivido ó meditado, sabe que la capacidad de sujetarse al trabajo enojoso y diario, la veracidad para consigo mismo y los demás son únicamente las que pueden hacer á una criatura humana honrada á sus propios ojos y tolerable en la vida común.

El padre está en pie, apoyado en la puerta, y espera como centinela; su hija baila, recibe plácemes, extiende su falda.—El padre garrapatea en su gabinete y va en fiacre á sus negocios; la hija se manda peinar, toca el piano, sirve de adorno en la casa.—El marido se gasta trabajando, la mujer se aburre de no hacer nada.—El marido quiere dormir, la mujer quiere salir.

He aquí un caso con todos sus detalles, y además, obscuro, ordinario; conviene juzgar por estos ejemplares.

Mi sobrino, Anatolio Durand, tiene un compañero llamado Enrique S..., y yo le insto á conservar su amistad; no hay sobra de amigos inteligentes. Este es un hombre joven aún, profesor de una escuela importante, algo artista, que ha comprendido bien la vida, laborioso, alegre, casado hace un año; he visto á su mujer. El estaba muy enamorado el día del contrato: su verbosidad, su aspecto, su alegría visible, conmovieron mis fibras gastadas.

Fué dichoso los primeros meses, por el atractivo de la *novedad*, pues nunca había tratado más que á modistillas ó á mujeres de vida alegre, y vivía con unos parientes viejos ya algo torpes. Su mujer, de veintidós años, le encantó; tan graciosa, tan viva, tan nueva, y doce años más joven que él; era todo un mundo por descubrir.

Ahora ella le divierte algunas veces con sus inocencias: «Es un pájaro que canta, me ha dicho; ya sabe usted; nos gusta un pájaro, un niño que juega; suponga usted que por la mañana me anuncia que se va á poner el vestido azul ó á encargar una tarta.»

Pero en esas niñadas hay muchos inconvenientes; ella le impide trabajar, le interrumpe, no comprende que se necesite recogimiento, silencio para inventar ó redactar. El no tiene más que dos horas libres, de cinco á siete de la mañana cuando ella duerme.

Ella es algo corta, como todas las solteras jóvenes, y algo voluntariosa, como todas las señoras jóvenes; va á sus recreos, no se figura que pueda haber asuntos más serios; visita á sus buenas amigas, arrastra consigo á su marido; hasta ahora, él ha sufrido esta violencia con resignación: «Pero si fuera preciso continuar, preferiría ahogarme ó alistarme para Méjico.» Cuando era soltera, la vida estaba reducida para

ella á esto: ver á sus amigas, visitar á cinco ó seis personajes graves, portarse bien en un salón, tocar el piano, etc. Ahora sigue esa vida, y encontraría muy extraño cambiarla.

El no la conocía, ni tenía tiempo para conocerla. «Cuando yo hacía la corte á mi mujer, sufría á cada »momento una inspección; primos, primas, tíos, tías »me examinaban: todo era ceremonioso, no teníamos »conversaciones íntimas. No había medio alguno de »hacer proyectos para el porvenir. Hay que ser galan»te, yo debía respetar los gustos de mi futura; por eso »nuestro ajuar está incompleto.»

Ahora se hace el vacío; la conversación muere entre ellos. Una amiga viene á verla, para saber si debe poner un punto verde en el cañamazo en lugar de un punto amarillo. Él se aprovecha de aquel entretenimiento, toma el sombrero y se va. Imposible interesarla en sus preocupaciones, en sus ideas, en las dificultades que debe vencer y que son de un género especial. Algunas veces logra, á fuerza de modificarlas, ponerlas á su alcance; pero no penetran en ella; su inteligencia y su educación no le ofrecen entrada alguna; ella escucha su relato como una parte cualquiera de una conversación, y no piensa más en él.

Están en desacuerdo sobre el fondo de las cosas, sobre la religión, sobre la sociedad. El decía en voz alta, con alguna imprudencia, que muchos sacerdotes han recibido las sagradas órdenes por evitarse el ser soldados; que antes de los cincuenta años, una mujer sólo tiene algunas ideas aprendidas de memoria, etc. Ella le contradice, no le guarda deferencia ni sumisión, ni aun en las cosas de talento. El trata de instruirla, y encuentra un terreno árido, endurecido, porque está inculto. En efecto, se la ha mantenido sin

ideas ni lecturas sólidas, como á todas las jóvenes, con manuales compendiados de hechos secos como guijarros, y el catecismo de perseverancia como barnizado. Toda la gran base intelectual de Francia, toda la capa nacional sobre la que brotan las especialidades y las superioridades parisienses, es la misma de la Edad Media. Los libritos devotos del librero Mame forman la educación de los franceses.

Las dos vidas son opuestas, y él lo siente. Siempre quedarán así, y él lo siente aún. No podrá iniciarla, no hará de ella su segunda vida, y se resigna á esto. Las noches les parecen ya muy largas y muy monótonas. ¿Qué hacer para divertir á una mujer y entretenerla siempre? Ella se sienta al piano y toca; pasable ó medianamente, es lo mismo. Un jilguero en jaula no se puede siempre decirle que cante; ¿y cómo ponerle un cubo en la patita?

El sorprende felizmente en ella una virtud que se va desarrollando: el talento de ama de casa. Ella no había sabido nunca lo que era un luis; lo sabe y empieza á ser económica. Ningún otro germen; ese es proporcionado á su educación y á su inteligencia. ¿Se hubiera creído esto al ver aquella figura tan linda, tan expresiva, con su asomo de travesura y su gracia natural? De esta manera, por lo menos, será útil y se reconocerá útil.

Es un buen matrimonio, y ambos pertenecen á esa clase media distinguida en la que los buenos matrimonios abundan más que en otras.

En los matrimonios burgueses, la desavenencia; en los de clases elevadas, el adulterio. En los primeros, si también son de buena sociedad, una cosa ú otra, y á veces las dos.

Como madre é hija, como estatua en un zócalo, ó como dama en una butaca; la mujer es lo ideal. Como esposa ó manceba, suele ser el aliado; con frecuencia el adversario; á veces el enemigo.

Proverbio de aldeanos: un padre puede alimentar á doce hijos, y doce hijos no pueden alimentar á un padre.

El niño gobierna á la mujer, la cual gobierna al hombre, quien dirige los asuntos.

Mi punto de vista es falso, las cosas ocurren con más dulzura; hay en la máquina un tapón que disminuye la rudeza de los choques.

Este tapón es el regocijo, la indolencia, la costumbre de salir fuera de sí por el atractivo de la conversación, por el deseo de guardar las conveniencias. El alma del francés es elástica; no queda mucho tiempo encorvada bajo ideas dolorosas. No aguza sus pensamientos ofensivos al comentárselos en voz baja. Se viste, va á ver algunos amigos, charla de todo, siente necesidad de hablar vivamente y con finura, de dar un giro interesante ó divertido á su propia historia. Se distrae escuchándose. Sus disgustos, transformados por la palabra, resultan una obra de arte; los ordena, y en lo sucesivo los mira desde lejos. Vedle reanimado

por su propia acción. Lord B... venía á vivir dos meses todos los años en la calle de Rivoli. Decía que solamente el espectáculo de nuestros gestos y de nuestras fisonomías, le hacía ver la vida de color de rosa.

Hay que salir fuera de sí, y las salidas varían con los caracteres. El francés tiene la conversación, el alemán la música, el inglés los negocios.

Lo que se llama filosofía sirve para algunos temperamentos; para la mayor parte, lo mismo sería que tomaran substancia de pan. N... nos dijo: «Un día, estaba yo triste y me metí en la cabeza media docena de libracos graves. Al cabo de una semana, me encontré más triste aún, volví entonces á mi vida ordinaria; un buen *beefteack* por la mañana, unas galopadas al mediodía y una querida por la noche.»

Es preciso tener un hábito. Las gentes de nuestros climas tienen el trabajo, la literatura y la sociedad; añadid, en las clases inferiores, el aguardiente, que es la literatura del pueblo. En Oriente, el opio y el sueño.

El hombre más feliz que yo he conocido es indudablemente un brahman de Calcuta. La cabeza larga, estrecha hacia las sienes, y el cráneo de una altura enorme; miembros delgados, tez de estatua de arcilla cocida al sol; toda la substancia parecía haberse retirado al cerebro, y el resto del cuerpo dormitaba, reducido á una vida latente, como la de los animales invernantes. Sus necesidades eran casi nulas, no tenía ni aun la de los perfumes. Cinco ó seis onzas de arroz al día, agua, un techado con algunas vestiduras de algodón blanco; dos criados. Ni placeres, ni curiosidades, ni vicios. Pasaba el día en silencio, sentado sobre sus piernas cruzadas, en el dintel de su puerta. En aquella máscara inmóvil, únicamente vivían los ojos,

fijos como llamas. Lo mismo que algunos *pundits* contemporáneos, había despojado de sus superticiones á muchas personas, y lo confesaba. Durante diez años le habían consultado los sabios ingleses para sus ediciones sánscritas, había comprendido las ideas y las filosofías de Europa. Unicamente un doctor, creyendo haberle convertido, quiso un día hacerle tomar caldo; él se desvaneció de horror, después huyó y no volvió á aparecer más entre la sociedad de los indianistas. Después, sus nervios se calmaron. A título de francés medio alemán, conseguí visitarle, y, durante algunas semanas, pude contemplar su extraña sonrisa. Aprobaba nuestras ciencias; pero, en el fondo, nuestras investigaciones y nuestros viajes le parecían agitaciones de insectos, esfuerzos de pobres hormigas reducidas, por falta de alas, á revolverse miserablemente con sus patas, incapaces de subir al aire para contemplar el espacio. El cerraba los ojos y veía perfectamente al jabalí de Vichnú, elevando inadvertidamente la tierra en la punta de uno de sus colmillos, al enorme Ganges lechoso, hijo nocturno de un dios que creía estrechar á una diosa, las figuras flotantes y colosales de los dioses innumerables, y los millones de mundos que salen, como un vapor, del Ser inmóvil, para caer de nuevo en él.

Yo supongo que ha terminado por el idiotismo ó la apoplejía; en Europa tenemos la ciencia. También es un suicidio lento é inteligente.